

A. M. Weiss



APOLOGÍA
DEL CRISTIANISMO

A. M. Weiss

APOLOGIA
DEL
CRISTIANISMO

BX1751

.A1

W4

v.7

1810



1080015926

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

239
W.

R. P. ALBERTO MARÍA WEISS

del Orden de Predicadores

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

VII

CUARTA PARTE

LA CUESTIÓN SOCIAL Y EL ORDEN SOCIAL

MANUAL DE SOCIOLOGÍA

I

TRADUCCIÓN DE LA ÚLTIMA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

Dr. D. Modesto Hernández Villaescusa

CON LICENCIA DEL ORDINARIO



UNIVERS.
Biblioteca
Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

BARCELONA

Herederos de JUAN GILI

EDITORES

581, Cortes, 581

MCMVI

MÉXICO

Herrero Hermanos, Suc.

LIBRERÍA RELIGIOSA

Plaza de la Concepción, n.º 2

MCMVI

FONDO EMERSON
VALVERDE Y TELLES

44744

BX1751
'A1
W4
v. 7

ES PROPIEDAD



TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO

Quien en sus manos tome este libro, tenga ante todo presente que en vano buscará en él una solución práctica, en particular y en detalle, de la cuestión social.

Todo sacerdote, y, en particular, todo religioso, que trate cuestiones sociales, verá siempre levantarse contra él el prejuicio de que sólo se propone un fin particular, y deberá darse por advertido de que se le censurará por meterse en cosas que nada le importan ni comprende; y aun parece que no están desprovistas de aparente fundamento estas acusaciones, si, sin necesidad, penetra en las cuestiones secundarias de la vida económica.

Sin embargo, nadie le podrá negar el derecho de que, no sólo le es permitido, sino que está obligado á hacer entrar en el círculo de sus investigaciones los principios generales morales, religiosos, filosóficos y legales que dominan la vida pública.

Pero si es verdad—y esperamos probarlo suficientemente en esta obra—que las tesis superiores y universales sobre el derecho y el deber en la práctica de la vida pública tienen á menudo mucha más influencia que centenares de medidas de poca importancia, nos queda aún no poca materia interesante para lograr que se preste atención á nuestros modestos tratados.

El mundo está terriblemente excitado. La tierra se estremece bajo nuestros pies, y comunica á cada uno esa agitación nerviosa que todos conocemos por experiencia propia. Á este estado particular de tensión, de excitación, de opresión, debemos atribuir en gran parte las faltas que puedan cometer los individuos. En tal situación, no debe apreciarse la conducta de los hombres como en tiempo ordinario; y así, todos debemos tener en cuenta semejante estado, para juzgar á los amigos y á los enemigos.

Ciertamente, no hubieran llegado las cosas á este extremo, si se hubiesen escuchado las advertencias que con tiempo hicieron hombres formales. Los que hasta ahora, con la posesión del poder, han dominado á la sociedad, no pueden quejarse en verdad de que no se les haya indicado suficientemente su deber, así como el peligro

008078

que ellos, sobre sí mismos y sobre el mundo, evocaban, si permanecían fieles á su ordinaria y funesta dirección. Pero ellos han despreciado estos avisos, calificándolos de pesimistas, y ahora ha llegado el momento de su realización. La masa de los oprimidos, ó, como ordinariamente se dice, el pueblo, oprimido por cargas excesivas, seducido por astutos instigadores, herido interiormente en sus derechos más sagrados, despojado de sus bienes más santos, la fe, la moral, la paciencia, la piedad y el espíritu de sacrificio, exige violentamente que se le devuelva lo que es legalmente suyo, y aun, con mayor audacia, lo que cree repartido injustamente. ¿Quién se atreverá en estos momentos á poner obstáculos á su impetuosidad, á contenerlo en los estrechos límites de la más estricta justicia?

La sociedad liberal, no obstante su tenaz y con frecuencia orgullosa tenacidad, está en la agonía, y lo que la reemplazará se parece mucho á la revolución. El liberalismo será el primero en alistarse en sus filas, cuando vea que ha terminado su época. Pero entre tanto, los amigos sinceros de la humanidad oprimida tienen el corazón tan lacerado por la prolongada lucha, que ya no quieren oír hablar de ensayos, ni de moderación, por miedo á ser engañados otra vez. El socialismo, con más confianza que nunca, á causa de sus éxitos, parece caminar á una transformación que probablemente redundará en provecho del anarquismo. Los reformadores sociales creen poder impedir este resultado, aboliendo todo lo que recuerde el actual orden de cosas. De buena fe, colocan á Marx al lado, y aun por encima de Santo Tomás de Aquino, y ven la única salvación del mundo en el gobierno del pueblo. Las esperanzas que abrigan en un cambio completo de la situación son tan exageradas, como su animosidad contra todo el que se atreve á hablar de consideración para con los atacados, de conservación ó arreglo de lo existente, de limitación de las esperanzas y promesas. La corriente general de la época de renovaciones y reformas se presta en alto grado á aumentar la violencia y extensión del movimiento. La situación presente recuerda los últimos movimientos que precedieron al año de 1789, ó también á las circunstancias de Judea al comenzar nuestra era.

Nadie podrá negar que el poder y la influencia decisiva, en todas las cuestiones sociales que se debaten, está á punto de pasar á aquellas clases, que, con extraña restricción, se complacían en llamar pueblo. No queremos dilucidar si este resultado será temporal ó definitivo. Por ahora, ninguna fuerza podrá impedirlo. Aquellos en cuyas manos queda todavía un resto del poder antiguo, se conducen como si quisieran acelerar la victoria del poder inferior que sube. El que sabe leer en los acontecimientos, debe recordar el hecho y

tenerlo en cuenta. La Iglesia de Dios conoce al mundo, y sabe apreciar lo presente, con tanta fidelidad como lo pasado, pues es la heredera de la historia. León XIII fué el primero que salió al paso á este movimiento, y le abrió el pecho de la Iglesia. Á él siguen cuantos forman parte de la Iglesia, unos con paso rápido y decidido, otros titubeando; unos prefiriendo lo nuevo, otros deseando conservar lo que se pueda; unos empujando hacia adelante; otros animados del valor del sacrificio, y tratando de suavizar el choque para evitar una catástrofe.

Á la manera como la Iglesia fomenta lo nuevo y honra lo antiguo, prepara lo futuro y mantiene la tradición, protege todo derecho, el practicado hasta ahora y el por largo tiempo usurpado, armoniza el progreso con la persistencia, y á todos indica una sola dirección, la eterna é invariable ley de Dios, así también debemos proceder nosotros en esta grave situación, cada uno según su capacidad, su conciencia, sus dones y su penetración.

Todo depende de que la ley de Dios sea bien comprendida y cumplida con abnegación. ¡Quiera Dios alentar con su divina gracia á todos los que en esta difícil hora tienen que influir en el mundo con su palabra y con sus actos, á todos los amigos de la humanidad, á fin de que, sin temor y sin egoísmo, con valor y paciencia, sin rehusar ningún sacrificio, ni siquiera el sacrificio de sí mismos, sostengan muy alto la verdad divina, siguiendo el ejemplo de Aquél que, olvidándose de sí mismo, perseguido y calumniado, subió á la cruz, confirmando sus palabras: «Me inspira compasión el pobre pueblo».

1.º de Enero de 1904.